

**GUARISOUVER / Gabriel Cortiñas en el puesto  
////////// Contrabando #5 - EZE MAD MAD EZE  
Librería Arrebato (C/La Palma, 21) - 16 jun. 011**

Gabriel Cortiñas, *Hospital de campaña*.  
Madrid: Cep José Hierro, 2011.

\*\*\*\*\* Introducción:

Hoy voy a intentar no hacer eso que tanto detesto en las presentaciones de libros, que es hablar de una misma, de los libros de una incluso, en vez de hablar del presentado, de su libro. Pero ocurre algo extraordinario que quizás me dificulte hoy la tarea de hablar de *Hospital de campaña* y no es un asunto de amor, no es que aprecie al Gabo especialmente; es que el Gabo y yo nos hemos, se podría decir, criado juntxs en poesía. Gabo es un *broder* y yo, creo, soy una *sister*. No nos separaron al nacer, nos conocimos después, con 22 y 23 respectivamente, y desde entonces nos hemos dado de crecer, durante unos meses en persona; durante varios años por correo postal y virtual. Así que me será difícil cuando hable de *Hospital de campaña* no hablar de mis dientes de leche; cuando hable de Olguín no extrañarlo; cuando hable del gallo no pensar en la noche que conocimos juntos, el Gabo y yo, a Martín Rodríguez.

+++++++ Presentación:

Lo he contado muchas veces. Era una tarde noche de un clima raro. Gabo nos recogió en la casa y fuimos juntos en bondi hasta Parque Centenario. Ya llevábamos un tiempo quedando, desde el día en que nos conocimos en la facul de Puán, un día que yo le pedí una lapicera al morenito que se sentaba a mi lado y descubrí así, con mi acento macarra, que era una gallega infiltrada en Buenos Aires. Entramos en Radio La Tribu, a la izquierda una barra para comprar una botella de  $\frac{3}{4}$  de litro de Quilmes; a la derecha un foso acabado en escenario. Ni recuerdo quién recitó antes. Recuerdo que en estas salió un tipo más bien grueso, más bien serio; se sentó en una silla detrás de una mesa y se puso a recitar unos poemas increíbles. Gabo y yo nos mirábamos a veces, él no estaba sentado, creo, sino de pie junto a una columna. Cada detalle es importante porque esa noche fue importante. El tipo que leía sobre niños lampiños y huevos - estaba tan sumamente nervioso que sudaba y su sudor se podía percibir. La tensión a la que nos llevaba la lectura del tímido concentraba aún más nuestra escucha de aquellos poemas brillantes. De pronto se confundió y la gente, que estaba tensa y expectante, intentó animarlo con un aplauso. El tipo pareció molestarse y preguntó “¿por qué aplauden si no hice nada?” y siguió disparando a la multitud. Esa noche fue la primera que pensé que la poesía podía ser un arte físico; fue la primera vez que pensé que cuando una expone sus textos expone una forma carnal de una misma. Aún me faltaban un montón de años para comprender que esa física-química expuesta nace necesariamente del poema.

O como Gabo escribe en *Hospital de campaña*: “Toda exhibición es una moral”. El luchador que sale al tatami en la Olimpiada no ofrece un cuerpo cualquiera ni cualquier experiencia de ese cuerpo. Quiero decir, que es muy poco natural que esté allí, frente a otro cuerpo, a punto de pelear por el oro y por algo bello. Hay un esfuerzo de años en su exhibición, una ética y una curtidumbre, si quieres, en vestuarios con humedad y en tardes de cancha solitaria. Lo que vaya a decir cualquiera que se exponga a la mirada de otrx, en la lectura o en el escenario, no es un torrente espontáneo de su natural don para la poesía o el deporte; sino un trabajo físico y retórico, con sus defectos de física y retórica. Quiero decir que desde que fui con Gabo a aquella exhibición del poeta Martín Rodríguez sobre la pista de la Radio La Tribu, considero a la poesía un arte físico-lírico más, como la gimnasia, el escapismo o el nomadismo.

Aún nos estábamos formando una moral, el Gabo y yo, porque aún no teníamos idea de quiénes

éramos o aún no nos habían pasado las cosas suficientes. La mitad de lo iniciático que yo he vivido en poesía sucedió en Buenos Aires y sucedió con Gabo, también con Julieta Lerman y con Laura A, en esa ciudad en la que las pasiones se redoblan tanto como se ironizan – esto es; se hacen de hierro. Entonces Gabo escribió a Martín Rodríguez y consiguió una cita con él en una cafetería que no recuerdo, por el centro. Quedamos y sí recuerdo que me pareció muy grande, muy groso, muy serio y muy sabio. Nos dijo que él no salía de una serie de autores como Enrique Molina o como Osvaldo Lamborghini y Susana Thènon - pero quizás no habló de estos dos y soy yo la que los metió en mi memoria. “No salgo de ahí” dijo. Entonces Gabo se puso a quejarse del mercadeo y del mamoneo de la escena de su país, que lo hay como en todas partes; yo no me quejaba porque no era mi país, porque yo estaba encantada, la verdad, pero para el caso, es como si yo también me quejara. Y entonces el Martín nos calló la boca, dijo “sí, eso ya lo sabemos, ¿no?, eso siempre pasa” dijo algo así como “lo importante es escribir algo” Algo que cuente. Algo fuerte, joder. Menuda lección nos dio, creo. No sólo había escrito unos poemas alucinantes sobre gallos, sobre albinos, sobre niños con viruela y árboles al pie de una *Maternidad*; sino que nos regalaba una lección de moral.

Pienso ahora en eso porque Gabo viene a madriz a recoger un premio de poesía (VI Premio Margarita Hierro) y porque su libro, *Hospital de campaña*, habla de al menos tres campos de aprendizaje: el deporte (la lucha y el fútbol, la olimpiada), la guerra de guerrillas y la escuela; quizás el cuarto campo de entrenamiento es la familia, pero en *Hospital de campaña* no se trata de un lugar fijo, la familia, sino de una transmisión de bautismos, nombres, relojes y pensiones, entre abuelos, padres y nietos. Cualquiera que se dedique plenamente a la guerra o al deporte vive en una instalación diferente a la casa materna; eso es obvio. Podría pensarse que en esos sitios sólo se enseña la disciplina, pero en el libro se ve cómo no es así, sino al revés, entre la disciplina brota la contemplación del campo de batalla, de los otros cuerpos en juego y de los fenómenos animales que forman la naturaleza - el fenómeno del agua por ejemplo: el río por el que se unx se va perdiendo y comprendiendo. De las disciplinas físico-líricas como aprender el alfabeto para escribir el propio nombre, el nombre propio, en letras chinas y para leer el manual de supervivencia contra la sed y el hambre de la selva; nace también el niño indisciplinado que lleva una marca de pólvora en la espalda (y la memoria), el niño al que amonestan en los partidos y que disuelve el alma de los que se sientan en el banquillo, el que no quiere cantar el himno nacional, el niño al que hay que sedar para que obedezca. Es como el diente que le nace en el paladar a uno de los niños del libro - un diente que por cierto se ha perdido con las reescrituras - : una marca de extrañeza, una semilla del diablo o un montón de ganas de morder. De comer huevos de cáscara jodida. En resumen: alguien que escribe con las letras aprendidas en la escuela, los conflictos entrevistados en guerra y los milagros vividos en exhibición. Porque el mundo es raro y es enorme, porque la política es un juego de frases complejas al que no se puede jugar si no es con el diente del paladar bien alerta, porque yo todavía, después de horas de conversación con Gabo, con Laura o con Sil, no entiendo qué mierdas es el peronismo de izquierdas; ahí está el niño saigonita para poner las cosas en su sitio. Las cosas en su sitio quiere decir las cosas en posición de ser no resueltas sino pensadas, peleadas, expuestas. Todas las cosas que *Hospital de campaña* coloca en sus puestos son importantes hasta la extenuación, por eso es un libro de entreno, un cuaderno de ejercicios; un libro largo que hay que leer de pie, a las 7 de la mañana, después de hacer en el balcón la tabla de gimnasia maoísta.

Y bueno, sí, Xina es un lugar que como Munich 72 (el antiguo título del libro) fabrica o podría fabricar *slogans* de remera/camiseta. Pero la Xina y toda su extensión, que va de la guerra de Vietnam a *La Chinoise*, es uno de los caminos futuros que recién comenzamos a entrever. Creo que la Xina en poesía actual es un invento que también le pertenece a ese otro groso que nos sedujo, ese que se llama Martín Gambarotta. El Gamba y el Rodríguez podrían perfectamente compartir exaequo el premio nacional de Poesía Revolucionaria de Saigón; si es que no llegan un día a compartir el Nobel de Poesía, cuando se invente. Esto que he dicho es un poco exagerado. Me encanta de Argentina que no les asuste exagerar; por eso estuve allí tan a gusto.

El camino de aquí a Xina siempre pasa por el Sur, eso lo sabe cualquiera que esté atento a los movimientos del mapa. En *Hospital de campaña* aparecen migraciones, exilios, salvoconductos, cambios de identidad, saltos de lengua. A veces porque alguien efectivamente cambia de lugar de origen o lugar de estadía. Otras veces porque lo que no cambia es la cabeza y así el niño saigonita del libro en un momento difuso se pone a cosechar arroz en la bañera/bañera. Escribe Gabo que este hecho es “un defecto de retórica”; escribo yo que este hecho es también “un logro de retórica” y que de camino, hemos visto mucho, hemos aprendido una barbaridad, gracias a su libro.

No quiero hablar más de mí ni de Gabo, pero tengo que responder a una pregunta directa que me lanzó desde una de las páginas de *Hospital de campaña*. Probablemente se trata del poema más flojo de este maravilloso poemario, así que me quiero quitar la culpa respondiendo. El poema dice: “si la guerra ha terminado: ¿por qué seguimos contrabando?” La verdad es que no sé por qué hacemos las cosas que hacemos; pero tengo claro que la guerra no ha terminado, boludo, que la guerra no más comenzó. Y que entre medias, en el medio, hay que escribir algo. Algo que cuente.

**María Salgado**

Vigo-Madrid, 15 jun. 011